

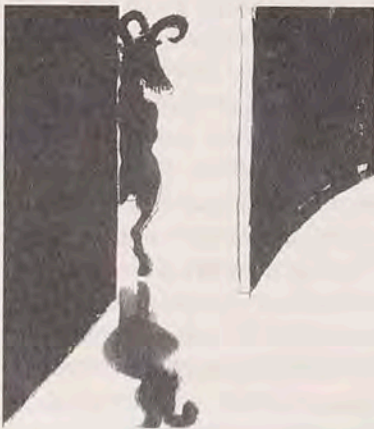
Es que el libro titulado *Esta noche de noviembre* procura, mediante la instauración de un diálogo, descubrir y revelar ciertos secretos personales, más allá de la confidencia, del asunto íntimo que se comunica. La conversación imaginaria tiene como interlocutor a Laura, su progenitora, quien parece ser la figura motivadora de su literatura y a quien evoca constantemente: "Tampoco estás tú, Laura, para que me sugieras otros giros, como cuando niño te mostraba mis papeles y en ti brotaba el acento justo, yo volaba sin freno y tú reías".

Ella es la depositaria del discurso, la disculpa para explayar algunas preocupaciones éticas y estéticas: la insatisfacción como motor de todo crecimiento, el manejo de la ambición, la orientación de un oficio, la idea del sacrificio, la incompreensión de la crítica, la terquedad de la ficción, el poder de la imaginación, el valor de la palabra, el peligro del fanatismo, el aprecio a la sencillez, la importancia de la obra, el espejismo de la ambición y de la fama, el sentido del prestigio, el proceso de la escritura, el fervor por la disciplina, la noción del eterno comienzo, el reto de la integridad, la urgencia de cambiar al mundo, el afecto por los talleres literarios.

En él encontramos cierta dicha nostálgica y la aceptación de la historia biográfica que le precede, historia colmada de esfuerzos e ilusiones, tentativa de dar una idea del espíritu y de la brega de un escritor.

Esta noche de noviembre, un breve y lúcido itinerario.

GABRIEL ARTURO CASTRO



Una novela hecha con los restos de todas las novelas

John Smith McCullagh y su perseguidor perseguido

Carlos Castillo Cardona

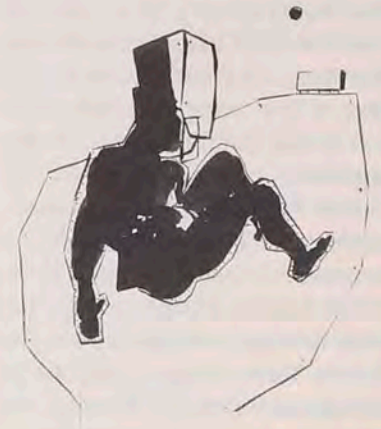
Alfaguara, Bogotá, 2003, 298 págs.

Carlos Castillo Cardona nació en Barcelona (España) y desde 1949 vive en Colombia. Participó en los inicios del movimiento teatral colombiano, con Fausto Cabrera, también español, Santiago García y el grupo experimental El Búho. Ese trabajo como actor lo marcaría de modo definitivo. Luego estudió sociología en la Universidad Nacional en la época en que dicha facultad desplegaba un incisivo carácter crítico de la realidad colombiana, ejemplarizado en figuras como el sacerdote Camilo Torres y el ensayista Orlando Fals Borda. La investigación también debía ser participación. Funcionario de la Unicef luego, y consejero presidencial para la política social, en el gobierno de Ernesto Samper, nunca ha dejado de escuchar las engañosas sirenas del arte, al escribir con sensibilidad sobre pintores como Juan Antonio Roda, María Paz Jaramillo y el arquitecto Rogelio Salmona. Recopiló igualmente volúmenes como el titulado *Vida urbana y urbanismo* (1977), de carácter colectivo.

Ahora, en esta su primera novela, busca exorcizar sus fantasmas de cumplido funcionario internacional y hacernos cómplices regocijados de sus delirios. Ya que esta novela-farsa, ambientada en la costa pacífica del Ecuador, en la provincia de Esmeraldas, resulta un gozoso juego de burla e irrisión sobre esos organismos internacionales de cooperación, esas ONG que buscan ayudar a los países subdesarrollados con vigorosos planes de aparente desarrollo.

Solo que esa Madre Superiora, como llama el narrador al remoto jefe suyo, y en verdad a toda la organización, lo que en definitiva hace es re-

cubrir, adulterar, camuflar y disimular la realidad monda y lironda con una espejeante columna de humo verbal, en informes, planes, diagnósticos y tediosas reuniones concertadas con la sociedad civil, que justifican y dan razón de ser a esta mal disimulada invasión extranjera. Y que no dejan de propiciar un entramado de fraudes, corruptelas, comisiones e intermediarios nativos, que terminan, en definitiva, por favorecer a los capitostes de ambas partes. Unos, con flamantes títulos universitarios; otros, con recursiva malicia indígena. Aun cuando, cómo no, aparecen indígenas adulterados, no nos adelantemos. Como en una vieja novela de detectives y espías ingleses, ambientada en lugares exóticos, un hombre, en Dacca (Asia), intenta ordenar sus fragmentarios escritos antes de ser eliminado por los sicarios de JSM (John Smith McCullagh).



Reflexiones sobre la inutilidad de la fantasía para esclarecer los hechos y conciencia lúcida acerca de la inutilidad de su empeño. El poder de JSM terminará por hacerlos suyos y tergiversarlos a su gusto. Sólo que toda esta proliferación nociva de siglas (Ideal: Instituto de Desarrollo Armónico y Legal) esconde, como ya sugerimos, miserias menos altruistas. Realidades mucho más mediocres.

Pero este recuento liberador de la tontería burocrática encierra dentro de sí una segunda novela. La intentada novela que el aburrido y escéptico funcionario va armando con lo que ve y con el prisma deformante de la literatura. Como en *La vorágine* de Rivera, *La casa verde* de Vargas

Llosa, *La otra raya del tigre* de Gómez Valderrama y *La nieve del almirante* de Álvaro Mutis, sin olvidar nunca al primero y mejor: *El corazón de las tinieblas* de Conrad, lo que surge es un avasallador y rapaz héroe negativo. Un oscuro explotador europeo, nacido en Alemania, de padre escocés y educado en Inglaterra, que edifica en medio de la selva, y como antes pasó con el caucho, un imperio. Un delirante imperio geométrico, el Emporio Hexagonal, donde todo —tierras, funcionarios, coitos— será seis o múltiplo de seis.



Pero lo sugestivo es cómo tal distracción burlona para superar el tedio de un viaje por río y sus ya previsibles encuentros con las comunidades tópicas —cooperativas de madres que cosen, agrupaciones supérstites de indígenas disfrazados con fines turístico-ecológico— se ahonda a través de la remembranza literaria: “Yo hubiera deseado esquivar la humedad y deshacerme del calor infernal, pero sabía que eso no era posible. Sólo me consolaba pensando que en la literatura, que de todo nos salva, el mítico aspillero de Santa María tenía peores condiciones” (pág. 38).

Puertos desahuciados. Atolondradas comunidades de monjas. Funcionarios venales. Todo aquello que con tanta gracia supo satirizar Evelyn Waugh en una África depauperada, aquí se repite y se mediocriza aún más, en ese sopor letárgico con que cualquier consejo comunitario concede dos minutos a todos los presentes para decir su verdad, y nadie concreta resultados. Donde todos, caciques

y alcaldes, líderes y funcionarios, se hacen notar para escabullirse mejor y no afrontar responsabilidad alguna.

Pero este libro no es un libro de crítica y denuncia, aun cuando cada línea lo hace.

Es una novela hecha, como en la arquitectura posmoderna, con los restos de todas las novelas: la aventura en la selva, el niño humillado que se venga, la aristocracia perfunctoria que ahora vende sus títulos y alquila sus castillos para sobrevivir, las cantantes, divas y actrices que se promocionan como embajadoras de buena voluntad, al besar, aquí y allá, niños de muy diversos matices. Y también, claro está, una historia de amor sobre dos mujeres, Isabel y Elisabeth, calor y frío, que se funden en una y desaparecen. Y, para no seguir, novela de gitanos que suscitan milagros a través de mujeres blancas provenientes de tierras remotas e hiperbóreas. ¿Les suena a realismo mágico? Pues sí, éste también es puesto en solfa, en este delicioso pastiche de todos los arranques posibles. De todas las novelas imaginables entremezclándose, superponiéndose, adulterándose, y demostrándonos, una vez más, que la enumeración exhaustiva de tópicos no es conocimiento: es un artilugio para perdernos en el laberinto feliz que es la lectura. La lectura, no hay duda ya, que edifica la realidad del arbitrio caprichoso de cada cual. O como lo decía Nicolás Gómez Dávila, en uno de sus *Escolios a un texto implícito*: “La sociología protege al sociólogo de todo contacto con la realidad”. La esquizofrenia fructífera que anima a Carlos Castillo, catalán que ama a Colombia, sociólogo que escribe poesía, falso marido devoto que engaña a su mujer escondiéndose en París con el inverosímil pretexto de escribir una novela, ahora lo tenemos aquí, de cuerpo entero, pretendiendo engañarnos con la supuesta autoría de este libro.

Sólo que, como sucede con harta frecuencia, la literatura, exaltación irrisoria, fervor crítico, fue quien lo usó a él para más allá de la opacidad de su experiencia laboral mostrarnos cómo el loable propósito de redimir

pobres y aliviar conciencias extranjeras lo que de verdad produce son traviesas, paradójicas, inagotables obras de ficción.

JUAN GUSTAVO
COBO BORDA

Atiborre de palabrejas e incoherencias

O sea, hypertextum

José Gabriel Baena

L. Vieco e hijas, Medellín, 2003,
246 págs.

No hay datos del autor, ni una solapa con alguna indicación o guía. Muy bonita edición, eso sí, pero desconcertante el contenido. En la contracarátula, apartes del texto intentan dar una explicación de éste. Al parecer, es una novela armada con trozos de frases de revistas, de conversaciones, comentarios de peluquería, palabras al vuelo. Pero una vez iniciada la lectura no se sabe muy bien qué es; ¿un ejercicio literario? ¿Un experimento? ¿Regreso al dada-nada-ísmo? Intuyo que es la perorata y el delirio del personaje narrador, completamente demente.

Como si hubieran tirado un frasco lleno de palabras, signos de puntuación, mayúsculas y minúsculas, atadas a un cordel siguiendo el curso de la supuesta locura, el autor o el protagonista-relator de esta “novela” asevera:

Toda novela debe ser o tiene que ser compacta, dura incluso críptica traducción de la Realidad, la Fuerza de esta Obra será inagotable, esta Novela apunta a la revelación de las estructuras subyacentes en la realidad visible, Todo aquel que entre a esta novela tendrá que quitarse los zapatos, meter los pies en unas zapatillas de feltro, En esta Novela no se anda,